

RESEÑA

***Crítica de la razón
reproductiva. Los futuros de Foucault***

DE PENELOPE DEUTSCHER

BUENOS AIRES, ETERNA CADENCIA, 2019

Daniel Link

**Universidad de Buenos Aires - Universidad Nacional de Tres de
Febrero**

*Profesor de Castellano, Literatura y Latín del ISP Joaquín V. González; Es Director de la
Maestría en Estudios y Políticas de Género y de la Maestría en Estudios Literarios
Latinoamericanos (UNTREF). Dicta cursos de literatura del siglo XX en la Universidad de
Buenos Aires.*

Contacto: dlink@untref.edu.ar

“nuestra vida es la confusa respuesta a preguntas
que hemos olvidado dónde y cuándo fueron formuladas”
Peter Sloterdijk

El salto ontológico¹

Lo primero que quiero señalar es que el libro de Deutscher me puso en dos aprietos. El primero no es culpa suya, sino de la excelente introducción de Alejandra Uslenghi a la que no hay casi nada que agregarle. El segundo sí es su culpa: me obligó a releer Derrida, cosa que una regla personal me impedía hacer desde hace años. Si me detengo en este pormenor es porque, de una manera ligera, me permite pronunciar una frase que volverá con más gravedad hacia el final de esta presentación: “Yo no he elegido las condiciones en las que debo elegir”.

Lo segundo es una aclaración más personal, que muchos deplorarán, pero que me siento obligado a hacer ahora: cuando yo tuve que escribir sobre Foucault para un periódico, titulé mi texto “Carta al padre”, y así ha venido reproduciéndose desde entonces. Lo que quise subrayar es que cada uno tiene derecho a elegirse *le mapaternidad* que quiera. Fuera de las leyes de la herencia, toda relación de parentesco es imaginaria porque, en última instancia, nunca sabremos bien del todo por qué y para qué fuimos concebidos. Si este libro, *Crítica de la razón reproductiva*, “es un libro acerca de los hijos de Foucault”, tengo el derecho y la obligación de leerlo como un libro sobre mí, aun cuando sé que el título pretende incluir, también, una avenida de sentido hacia los hijos *en* Foucault.

Lo tercero que voy a subrayar es que éste no es un libro sobre el aborto (no discute su pertinencia, su necesidad, su regulación, su legalidad, su colocación respecto de la vida y de la muerte) sino un libro de filosofía que trata de decirnos en qué contextos filosóficos la interrupción voluntaria del embarazo y el cuerpo de la mujer pueden ser pensados, es decir: ¿cuáles son las condiciones de posibilidad y las herramientas para sostener un pensamiento sobre esas figuras de discurso?

¹ Una versión previa de este texto fue leída como presentación del libro *Crítica de la razón reproductiva*. Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2019 (Buenos Aires: 22.03.2019)

Como se comprende desde el subtítulo, Deutscher realiza dos intervenciones mayores: un corte y una sutura. Dice: el punto de partida es Foucault, y en particular el de *La voluntad de saber*, el libro que el propio Foucault nos dijo que estaba mal planteado (y que su mismo biógrafo, Didier Eribon, caracterizó como todavía ligado a la teoría heterosexista de la transgresión)².

En todo caso, Foucault y nada previo. Claro, Carla Lonzi ya nos había convidado en la década del setenta a escupir sobre Hegel (*Sputiamo su Hegel*, se llama su libelo), de modo que esa vía ya no necesita ser explorada. Eso, en cuanto al corte.

El punto de sutura, muy delicado y admirable, radica en la noción de reserva conceptual o suspensión, que Deutscher aplica a Foucault y sus críticos: “Derrida, Edelman, Foucault, Esposito,

²“Lo que Bataille no entiende (¿no puede, o no quiere, entender?) es que la ética del Mal perseguido de forma sistemática, propuesta por Genet, no consiste en el gesto aberrante de una "libertad soberana" que se vuelve loca y que se aniquilaría en el proyecto de ser una libertad sin freno y sin límites. Está ligada a una situación de abyección asignada a determinado número de individuos. Es la reacción de alguien completamente rechazado por la regla, y que no tiene, por lo tanto, que plantearse la cuestión de una "irregularidad" que intervendría de forma ocasional en aquélla. Parece claro, por lo tanto, que Bataille se sitúa en el espacio social, cultural y sexual de la normalidad, en el que puede decidir, a su antojo, cuando le parece bien, transgredir las prohibiciones. Genet no tiene elección: es anormal, es definitiva y totalmente "irregular", y la única elección que puede hacer es la de reivindicar esta anormalidad en la que el orden social lo ha inscripto. Para él no se trata de "transgredir" un orden, al que no pertenece. Genet está del otro lado de las reglas, más allá de la frontera instituida por lo que Foucault llamará, en su *Historia de la locura*, la "línea divisoria" por la que una sociedad expulsa de su seno a cierto número de individuos. Para Genet escoger el Mal no significa transgredir lo prohibido, sino escoger ser lo que la sociedad ha hecho de él. Y transformar en orgullo, en principio de vida, lo que debería ser sentido como vergüenza, vivido como maldición”, Eribon, Didier. *Una moral de lo minoritario. Variaciones sobre un tema de Jean Genet*. Barcelona, Anagrama, 2004. Pág. 54 y “Cuando, en los ochenta, Foucault llega a reformular su trabajo sobre la historia de la sexualidad en los términos "del arte de gobernarse a sí mismo" y a considerar el futuro *gay* en los términos de una estética de la existencia, lo hará con la mirada puesta en los filósofos de la Antigua Grecia, como habían hecho antes que él Walter Pater, John Addington Symonds, Oscar Wilde o André Gide, y no citando a Genet, al que, sin embargo, había admirado y del que, sobre todo, había retenido, en los cincuenta, la idea de la relegación social, es decir, el análisis de los procesos de la abyección. Pero incluso si no se refiere a Genet, la reflexión de Foucault, en aquel momento, se inscribe claramente en la estructura de un conflicto que ya ha opuesto la idea *gay* de la ascesis (Genet) a la idea heterosexual de la transgresión (Bataille).” Eribon, Didier. *Una moral de lo minoritario. Variaciones sobre un tema de Jean Genet*. Barcelona, Anagrama, 2004. Pág. 68

Agamben o Butler. Cada uno ha articulado enlaces faltantes en Foucault, descuidos, puntos ciegos y preguntas sin responder (pág. 319). El recurso a la reserva o suspensión le permite encontrar “un medio alternativo para entender el posible diálogo entre sus intereses (pág. 258), que vaya más allá de la mera identificación imaginaria. Alguien podría pensar que Deutscher se comporta como una institutriz decimonónica: “Chicos, no se peleen”, pero lo que hace tiene la fuerza de lo ético: ya bastante odio y hostilidad hay en el mundo para que la traigamos incluso a nuestros gabinetes.

Dicho esto, yo podría imitar el gesto del marido de Sylvie Bataille cuando asistió a la conferencia “¿Qué es un autor?” que Foucault pronunció el 22 de febrero de 1969, y decir simplemente: “no puedo sino darle las gracias, respondió completamente a mi expectativa” o “todo lo que usted dijo me parece, al menos respecto a aquello en lo cual pude contribuir, perfectamente pertinente”³. Pasemos, si quieren, al debate.

Pero sé que se espera que dé cuenta de los grandes principios de articulación del libro y que justifique por qué *Crítica de la razón reproductiva* de Deutscher es muy importante y muy necesario, no sólo para mí, sino para cualquiera.

*

En 2018 se discutió en el Parlamento argentino el proyecto de Ley de interrupción voluntaria del embarazo. El resultado de ese debate es por todos conocido. Este año, un nuevo proyecto será presentado al Congreso Nacional.

En las sesiones en las que se invitó a personalidades a que “informaran” u “opinaran” sobre el tema Interrupción Voluntaria del Embarazo a mí me había llamado la atención la de una médica “pro-vida” que aseguró que la despenalización del aborto y la igualación legal de las disidencias sexuales respecto de la heteronormatividad (matrimonio universal, Ley de Identidad de Género, triple filiación, etc....) constituían piezas claves de la política exterior norteamericana para regular las poblaciones en aquellos países (es decir: todos) que atentaban contra su Seguridad Nacional. Invocaba, como fuente, un

3 Intervención de Jacques Lacan al final de la conferencia de Foucault. Cfr. *Qué es un autor?* Buenos Aires, el cuenco de plata, 2015 (con apostillas al texto de Daniel Link).

así llamado Informe Kissinger de 1974 que yo no conocía. Está disponible en Internet un Memorandum titulado “Implicaciones del Crecimiento Poblacional para los intereses de seguridad y de ultramar de los Estados Unidos” (fechado el 10 de diciembre de 1974), y además un Memorandum firmado por Robert S. Ingersoll que resumía las recomendaciones del Memo 200 (fechado el 14 de diciembre de 1974). Los dos documentos se desclasificaron en 1989 y en 2008, respectivamente.

Los memos otorgan "máxima importancia" a las medidas de control poblacional, y a la promoción de la anticoncepción entre países muy poblados, para controlar el rápido crecimiento poblacional que puede atentar contra los intereses nacionales de Estados Unidos, ya que la "economía de los EE.UU. requerirá grandes y crecientes cantidades de minerales del extranjero", y estos países pueden producir fuerzas desestabilizadoras de oposición a los apetitos imperiales. El informe propone la promoción de la educación y los métodos anticonceptivos y otras medidas de control poblacional, como el aborto inducido. Además, plantea el interrogante de si los EE.UU. deben asignar ayuda preferencial a los Estados que mejor se adapten a los lineamientos de esta política poblacional.

Nada podría decir sobre la “verdad” de esos documentos, ni siquiera si llegaron a ser leídos y si constituyeron en efecto el fundamento de una política. Pero eran, en todo caso, un lugar argumentativo que ataba, de un solo golpe, a propósito del aborto, “sustentabilidad ambiental”, “soberanía”, “control poblacional”, “derechos reproductivos”, “subjetividades disidentes” (debo decir que eso era de la propia cosecha de la expositora en el Senado, los documentos nada dicen sobre ese asunto) e “imperialismo”. La vida (o la muerte) de la especie, por un lado, la vida (o la muerte) de las comunidades, por el otro. Dicho en dos palabras: biopolítica y su reverso tanatopolítico. Me propuse investigar más el asunto, pero la pereza o las ocupaciones me hicieron olvidar el tema, que volvió a mí cuando pude comprobar que *Crítica de la razón reproductiva* ya lo había pensado, y a la perfección.

Recordé también el *Summer Institute of Linguistics*⁴, organización civil de misioneros protestantes y lingüistas de los Estados Unidos, fundado en Arkansas en 1934 y que, mediante convenios con el gobierno federal, pronto se desparramó por toda América Latina, con el objetivo de traducir la Biblia a las lenguas menos conocidas (lenguas amerindias, claro) y de difundir el principio de que “la esperanza y la base moral y espiritual ofrecida por las Sagradas Escrituras son más eficaces que cualquier otra fuerza”. El (¿descuidado o deliberado?) uso de la palabra “fuerza” bien pronto despertó sospechas. ¿Más eficaces que cualquier otra fuerza de ocupación? En América Latina, se ha acusado al SIL de ser un nido de espías, cómplice de las compañías petroleras, promoviendo el abandono de sus tierras por parte de los indígenas y promoviendo en ellos responsabilidades familiares adecuadas a la “fuerza” testamentaria⁵.

En todo caso, pareciera que el programa del SIL entra en colisión con el programa del Memorandum 200 (y sus glosas locales), porque los derechos reproductivos, atados a la esperanza y la base moral de las Sagradas Escrituras, no admitirían ni la promoción del aborto ni la promoción de la homosexualidad y la transexualidad, como quería aquella informante cuyo nombre no recuerdo.

Un último párrafo es necesario para aumentar la confusión (histórica, pero no conceptual). Entre 1996 y el 2000, en el marco del Programa Nacional de Salud Reproductiva y Planificación Familiar 1990-2000 que el gobierno de Fujimori implementó se realizaron alrededor de 270 mil ligaduras de trompas y 30 mil vasectomías compulsivas. En el primer caso se trató de una intervención masiva respecto de mujeres menores de 25 años, analfabetas y hablantes de quechua, de las cuales al menos 18 murieron durante las intervenciones. La “opinión pública”, esa entealequia, enarboló las banderas del *exterminio* y el *genocidio étnico*. Si faltaba un tema foucaultiano para agregar a esta apretada síntesis histórica, ahí está: el racismo asociado con la gubernamentalidad.

4 Cfr., al respecto, el informe: ALAI (Agence Latino-amerine d'Information), “El Instituto Lingüístico de verano, instrumento del Imperialismo”, *Nueva Antropología*, III: 9 (México: 1978), págs. 116-142.

5 Las actividades del SIL fueron prohibidas en Ecuador en 1980. En esa década los misioneros fueron expulsados también Brasil, México y Panamá y se restringió su presencia en Colombia y Perú.

Todo esto pasó y se puede interpretar histórica y culturalmente, pero queda un problema: ¿cómo y dónde (en qué marco) pensar las categorías, las nociones, las figuras que esos acontecimientos involucran: la vida, la muerte, el genocidio de una población hipotética, el Niño imaginario, la Madre imaginaria, la soberanía, el imperialismo, los recursos naturales, las tasas de nacimiento, el control poblacional, el aborto y la esterilización inducida? Eso es lo que hace, con admirable rigor y perspicacia Deutscher Deutscher en *Crítica de la razón reproductiva*.

*

Cito a Deutscher para que se note lo mucho que sus preguntas se adecuan a nuestras realidades tanto como a las del Mundo Primero (lo que, claro, justifica la traducción del libro y la extensión de su campo de operaciones):

¿Cómo entender las relaciones entre las naciones, entre el Estado y los derechos individuales, los diferenciales de la ciudadanía biopolítica, los aspectos progresivamente variables de los derechos reproductivos, los controles y las tecnologías, el papel del Estado como portador del interés soberano y biopolítico en esta cuestión y un número de políticas y modos de poder adicionales en las distinciones geopolíticas entre países que reconocerán estos arreglos de aquellos que no lo harán? (pág. 317)

En la interrupción del embarazo resuenan los problemas éticos de la responsabilidad y el consentimiento, que Deutscher analiza cuidadosamente, pero también el de “la vida potencial” (pág. 28) y, más en general el de la vida y la muerte, pero especificadas: “qué vida” y “qué muerte” (pág. 28). ¿Quién es dador de muerte? “La capacidad asesina de la biopolítica permanece tácticamente diferente de la capacidad asesina del poder soberano. Pero tales formas de la muerte pueden operar en conjunto” (57), contesta Deutscher. Y aclara que, desde la ideología pro-vida (que no hay que confundir con ninguna forma de vitalismo),

Se ha atribuido a las mujeres una capacidad seudosoberana de dañar a los embriones, a los niños y al futuro. Han sido identificadas como blancos no solo de la optimización biopolítica,

sino también de las medidas de la soberanía legal (y con la precariedad del acceso al aborto fuertemente inmiscuida en ambos extremos). Lo último ha sobrevivido en extrañas nuevas formas, en nuevos estados de excepción. Es Derrida, y no Foucault, quien astutamente reconoce que la pena de muerte es la escena de la diferencia sexual. Pero es Foucault, y no Derrida, el que desarrolla los significados biopolíticos correspondientes de una vida optimizada y administrada. Foucault retorna una enorme cantidad de veces al fenómeno de los proyectos biopolíticos que tienen como n tomar bajo su cuidado la vida que incorpora un simultáneo poder de tomar la vida. (pág. 79).

¿Se pueden pensar el aborto y el cuerpo de la mujer en correlación con la pena de muerte? Sí y sólo pensamos al mismo tiempo formas de sujeción y, por lo tanto, de subjetivación. Después de todo, ya nos había advertido el tutor de Foucault en la *École* (*no menciono su nombre sencillamente porque algunos pormenores de su vida pueden resultar irritantes en este contexto*) que la reproducción es la reproducción de las condiciones de producción. Esto hace coro con *Deutscher*:

Si las mujeres son consideradas como agentes que ejercen la elección reproductiva, también se convierten en umbrales reproductivos de la salud de las naciones, las poblaciones, los pueblos y los futuros en varias formas asociadas con las normas de conducta responsable (pág. 156)

El asunto de la “vida potencial” adquiere un sentido radicalmente nuevo. No se trata de titubear sobre si la interrupción voluntaria del embarazo impediría el nacimiento de un Einstein o de un Hitler. En todo caso, el futurismo reproductivo quiere tachar de la escena que el resultado de su operación es, más allá de toda conjetura, la producción a gran escala de esclavos. Un poco por eso me detuve en los programas (contradictorios entre si) de una hipotética operación imperial norteamericana. Lo que importa es que

El futurismo reproductivo involucra: a) un “nosotros” fantasmático (a lo que uno puede responder: “nosotros” nunca hemos sido “nosotros”); b) la invocación de un Niño imaginario que extiende la continuidad de ese “nosotros”; c) la invocación de figuras “antisociales” que se considera que obstruyen los intereses del

Niño imaginario y “nuestro” futuro; así como d) una división entre las formas imaginarias de reproducción, también entendidas para servir u obstruir ese futuro; y e) una infusión del cuerpo fantasmático de la mujer embarazada en términos del futurismo reproductivo para el que se la toma con el fin de ser útil a ese futurismo u obstruirlo. (pág. 105)

Por supuesto, la Madre imaginaria es el complemento del Niño imaginario. Y esa Madre, como es imaginaria, se carga ella misma de predicados contradictorios y, por eso mismo, que mientan la excepción:

Esta forma de legalidad y excepcionalidad ha sido una forma primordial de inversión e incitación, estimulación, producción y regulación de los cuerpos de las mujeres por su interés biopolítico reproductivo. Independientemente de la facilidad con que las mujeres pueden, como resultado, acceder al aborto, la ley marca ese acceso como condicional. Su estado como excepción a la ilegalidad reinscribe la posibilidad de que no esté disponible, administrando estados de inquietud y consagrando, si no administrando, la posibilidad de acceso revocado. (228)

Lo cierto es que en muy pocos países ese acceso está garantizado y es democráticamente accesible (por lo general es una excepción a una ley que lo prohíbe). Por eso, el útero, y no el campo de concentración, es el espacio biopolítico paradigmático. Pero no en el sentido que tiene el Lager para Agamben: un espacio en el que se dejan de lado los derechos legales. Tampoco es un espacio (como un anti-abortista podría querer argumentar) en el que los “derechos fetales” no cuentan como tales.

En cambio, como parte de una gubernamentalidad biopolítica, este es un espacio de particular interés político-administrativo para “cuidar la vida” en lugar de un espacio con derechos. Entonces, surgirán paradojas donde se hacen reclamos de derechos en nombre de este espacio (pág. 249) [porque incluso] proyectos para gobernar y optimizar la vida distribuyen, al mismo tiempo, formas indirectas de muerte, muerte lenta, precariedad, autoinmunidad y necropolítica.” (pág. 32).

Una reproducción tanatopolitizada puede exponer a las mujeres de la siguiente manera: en la medida en que se conviertan en figuras de impedimentos, umbrales de daño o responsabilidad por daños en la población y en la procreación, tendrán una exposición conjunta al daño y la muerte. (255)

El útero se vuelve el espacio de máximo interés político-administrativo para “cuidar la vida” (sea ésta lo que fuere). Una vida abstracta, sin predicados, que deliberada y artificiosamente se hace coincidir con la vida potencial para mejor poder responsabilizar a la mujer de una catástrofe antropológica.

*

El punto de partida expreso de Deutscher es *La voluntad de saber*:

Si hay un gran teórico al que mejor se puede recurrir para tener en cuenta las circunstancias en las que la política queer y la formación de los derechos reproductivos podrían conectarse de manera extraña, ese es Foucault. Esta intersección fue uno de los aspectos más curiosos y opacos de una obra con un estatus ambiguo en el surgimiento de la teoría queer: la *Historia de la sexualidad*, volumen I (pág. 123-124)

Pero tácitamente va más atrás. En “¿Qué es un autor?” Foucault había introducido la noción de instaurador de discursividad. Deutscher le devuelve con creces esa generosidad, cuando le hace decir incluso aquello que sus críticos dicen que no dice. Por ejemplo, Derrida ignora la biopolítica, Foucault descuida la diferencia sexual. Las dos deficiencias se pueden transformar en una virtud pensadas como haces de luz que iluminan la reserva conceptual del otro, pero sobre todo la de Foucault como instaurador de discursividad.

¿En qué reposa el malentendido, sin embargo? Deutscher señala, con la delicadeza que la caracteriza:

Quizás todo lo que constituya este abismo filosófico, estratégico y técnico entre Foucault y Derrida pueda ser localizado en el diferente significado de lo masturbatorio para cada una de sus intuiciones metodológicas. (pág. 69/ 70)

(Lo que nosotros llamamos “paja mental”) y también:

En la medida en que cada uno falla el sexo del otro, es muy fácil sexualizar la imagen del encuentro desencontrado entre estos hombres. (pág. 71)

Más allá de la sonrisa que una caracterización semejante pueda provocarnos, lo que postula Deutscher es que a) el que instaura un discurso es Foucault. En los huecos y segundos planos de ese discurso (según sus detractores) se puede leer, sin embargo, el bajorrelieve de un pensamiento cuyas pistas conviene seguir, por ejemplo, que: b) el aborto es el gemelo de lo *queer* porque los dos apelan a una ética que se resiste al cálculo biopolítico.

La razón reproductiva biopolitizada y calculadora tiene como resultado la producción de vidas precarias. En este punto, la razón reproductiva (biopolítica) debe ser pensada en el contexto de una ética crítica, guiada por una sola y básica pregunta: *¿Podemos calcular?* (pág. 319).

Hacia el final de su libro, Deutscher introduce un concepto, el “Tacto ontológico” (noción que se construye a partir de la intervención “tacto ginecológico” y que equivale, por lo tanto, a la invención borgeana a partir del “Argumentum ontologicum”, que él llama “Argumentum ornithologicum”). Al “tacto ontológico” se someten tanto madres que quieren interrumpir su embarazo como parejas (homo o heterosexuales) que realizan trámites para obtener una paternidad subrogada. Que se trata de un problema ético queda claro en la apelación al consentimiento y a la responsabilidad de esas intervenciones táctiles sobre el ser.

Si “nuestra vida es la confusa respuesta a preguntas que hemos olvidado dónde y cuándo fueron formuladas”, y si “la crueldad del optimismo se revela a quienes no tienen control sobre las condiciones materiales de sus vidas”, deberíamos apelar a una “estructura del cultivo propio” o *Kultivierungsstruktur* que nos permita mitigar la ola de desenfreno o violencia desinhibida a la cual asistimos en nuestro presente, en el cual aparecen como nuevos desafíos a la noción de “vida” la reforma genética, el nacimiento opcional y la selección prenatal. Pero, ¿qué culpa tiene el útero de transformaciones semejantes?

Yo creo (libero a Deutscher de esta responsabilidad) que el optimismo de la reproducción biopolitizada supone una zoopolítica administrativa. En ese organigrama administrativo ya es muy evidente que las mujeres se han rebelado al rol de garantía de la reproducción y cría que se les asignaba, a ser meramente el soporte biológico de un útero reproductor. Su reclamo de cuidarse a sí mismas (*sich selbst halten*), el *cuidado de si*, desbarata las jerarquías del saber que da poder. La ética que interroga la posibilidad del cálculo biopolítico no prescinde de la responsabilidad y del consentimiento y admite que, incluso, puede haber errores (porque “Yo no he elegido las condiciones en las que debo elegir”) y, con certeza, hay pérdidas *incalculables* (tanto en la “vida” como en la “muerte”, a las que habría previamente que definir). Pero en lugar del tacto, esa ética se aferra al salto ontológico. Eso es lo que implicaría, en todo caso, pensar hoy la interrupción voluntaria del embarazo.